OPINIÓN

Cuando el fútbol se convierte en cultura; el arte invisible de la Copa del Mundo

Por Juan Carlos Suárez, Tenor · 20 de julio de 2026 · 4 min de lectura



Cada cuatro años ocurre un fenómeno que trasciende el deporte. Durante unas semanas**, el planeta parece hablar un mismo idioma**. No importa la lengua, la religión o la ideología, millones de personas detienen su rutina para mirar hacia un mismo lugar. El balón comienza a rodar, pero lo que realmente se pone en movimiento es algo mucho más profundo: **la cultura**.

En 2026, México volvió a abrir sus puertas al mundo junto con Estados Unidos y Canadá. Pero en nuestro país ocurrió algo que va más allá de la logística o la organización de un evento internacional. Nuestras calles recibieron idiomas distintos, colores diferentes, acentos lejanos y tradiciones que, durante unas semanas, dejaron de ser extranjeras para convertirse en parte del paisaje cotidiano.

La Copa del Mundo no es únicamente el torneo de fútbol más importante del planeta; es el **encuentro cultural más grande de nuestra época**. Ningún otro acontecimiento reúne a tantas nacionalidades, tradiciones, símbolos, acentos, expresiones artísticas y formas de entender la vida bajo una misma emoción compartida. En cada estadio conviven banderas que, fuera del deporte, representan historias distintas, incluso conflictos y diferencias. Sin embargo, durante noventa minutos esas diferencias no desaparecen, pero aprenden a coexistir. Y esa quizá sea una de las mayores enseñanzas de la copa del mundo de fútbol: la diversidad no impide la convivencia; la enriquece.

Muchos piensan que el espectáculo ocurre únicamente dentro de la cancha, pero en realidad, el partido comienza mucho antes del silbatazo inicial. Está en las canciones que identifican a cada afición, en los colores de las vestimentas tradicionales, en los murales que reciben a los visitantes, en la gastronomía compartida alrededor de una mesa, en las plazas llenas de personas celebrando, en las historias que miles de familias escribirán durante esos días. Como en el Zócalo o en los diversos rincones del país, vimos cómo los corazones latían al mismo ritmo y cómo las voces al unísono coreaban el orgullo de ser mexicanos y poder apoyar a quienes estaban en la cancha. Todo eso también forma parte, y ese es el arte invisible de la Copa del Mundo.

Porque **el arte no siempre habita en los museos ni la cultura únicamente en los teatros. También aparece cuando una comunidad encuentra símbolos comunes para celebrar**, cuando todo un país se convierte en escenario del encuentro entre pueblos distintos y cuando la emoción colectiva logra construir memoria. En nuestro país, México, lo sabemos bien. Somos un país acostumbrado a recibir con hospitalidad y a transformar cada celebración en una expresión de identidad. Nuestra música, nuestra gastronomía, nuestras artesanías, nuestras lenguas originarias y nuestras tradiciones no son un simple atractivo turístico; son una manera de dialogar con el mundo.

En esta Copa del Mundo 2026, tuvimos la oportunidad de ver que la riqueza de una nación no se mide únicamente por la infraestructura de sus estadios, sino por la profundidad de su cultura. Cuando miles de visitantes recorren nuestras calles, no solo conocen ciudades; conocen personas, conocen nuestra esencia, nuestra cultura. Descubren que detrás de cada platillo existe una historia, detrás de cada danza hay una memoria colectiva y detrás de cada expresión artística vive una comunidad que ha sabido preservar su identidad generación tras generación.

En un tiempo marcado por la polarización y las divisiones, **la Copa del Mundo nos recuerda que aún existen acontecimientos capaces de reunir a la humanidad alrededor de una emoción compartida**. Quizá por eso el fútbol emociona tanto: porque, en el fondo, no habla únicamente de goles, sino de pertenencia. Nos recuerda que todos buscamos algo parecido: celebrar, compartir, emocionarnos y sentir que formamos parte de algo más grande que nosotros mismos.

El verdadero legado de una Copa del Mundo, no son únicamente los campeones, los récords o los estadios que permanecen. Su legado más valioso son las historias que nacen entre personas que jamás se habían visto y que, por un instante, descubren que una pasión puede derribar fronteras que la política, la geografía o la historia parecían haber levantado. Cuando millones de personas descubren que, pese a nuestras diferencias, todos somos capaces de latir al mismo ritmo.

Cuando el fútbol logra provocar eso, deja de ser solamente deporte.

Se convierte en cultura.

Y ese, quizá, sea el partido más importante que la humanidad puede ganar.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/cuando-el-futbol-se-convierte-en-cultura-el-arte-invisible-de-la-copa-del-mundo
Descargado el 21 de noviembre de 2026.